

EL COLONIZADOR SEDUCIDO UNA LECTURA SOBRE QUERIDO AMIGO DE ANGÉLICA GORODISCHER

ANA C. CREMONA*

Resumen: En *Querido amigo* (2006) leemos una posición respecto de la problemática del colonialismo/poscolonialismo/neocolonialismo. Mediante las cartas de un diplomático británico, enviado a un lugar ficcionalmente ubicado en Medio Oriente, la novela presenta la electiva transición del colonizador a colonizado. En dicho proceso algunos sujetos orientalizados, inicialmente subalternos, van adquiriendo voz social y logran ser escuchados y seducir al diplomático con su cultura.

En esta novela observamos una mirada crítica sobre la manera en que los colonizadores configuran a los sujetos por colonizar, al mismo tiempo que la escritora deconstruye y desnaturaliza un modo unidireccional y homogeneizante de configurar al «otro». Así, plantea, por un lado, la posibilidad de abrir la perspectiva (neo)colonizadora/occidental a partir de un contacto real con el otro, permitiéndole erigirse en enunciador social y transmitir su cosmovisión particular. Aunque, por el otro, da cuenta de la existencia de una estratificación social y genérica en todas las comunidades, con sus respectivos sujetos hegemónicos y subalternos. Al final del camino, la bipolaridad cultural prevalece y el diplomático debe morir simbólicamente para Occidente para renacer en Oriente.

Palabras clave: Colonialismo, Orientalismo, Transculturación, Subalternidad, Rejerarquización textual.

Abstract: In *Querido amigo* (2006), we can read a particular position with respect to the problem concerning the colonialism/ poscolonialism/ neocolonialism. By means of the letters of a British diplomat sent to a place fictionally located in the Middle East, the novel shows the elective transition from colonizer to colonized. In this process, some orientalized subjects, who were subalterns in the beginning, acquire a social voice, managing to make themselves heard and seduce the diplomat with their culture.

In this novel we regard a critical look on the way in which the colonizers configure the subjects to

* Doctora en Letras. CONICET/ Instituto de Humanidades, Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichón”, Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba. Argentina. Correo electrónico: anacremona@yahoo.com.ar

Fecha de recepción: 22-05-2013. Fecha de aceptación: 29-06-2013.

Gramma, XXIV, 50 (2013), pp. 85-101.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

be colonized, at the same time that the writer deconstructs and denaturalizes a unidirectional and homogenizing way to configure the “other”. In such way, on one hand, she puts forth the possibility of opening the (neo)colonizing/ western perspective as of a real contact with the others allowing them to become a social enunciator and convey their particular cosmovision. On the other hand, she shows the existence of a social and generic stratification in all communities, with their respective hegemonic and subaltern subjects.

At the end, the cultural bipolarity prevails, and the diplomat, eventually, must die symbolically for the Occident to be reborn for the Orient.

Keywords: Colonialism, Orientalism, Transculturation, Subalternity, Textual re-hierarchyization

ACERCAMIENTO PRELIMINAR

La narrativa de Angélica Gorodischer¹ se inicia formalmente a mediados de la década del 60. Desde ese entonces, y hasta la actualidad, ha atravesado una multiplicidad de géneros narrativos, apropiándose de ellos y reelaborándolos, al mismo tiempo que aborda diversas problemáticas socioculturales en debate dentro de la agenda mundial actual. Tales cuestiones, que implican y afectan a un amplio abanico de sujetos —marginados y subalternos y/o subalternizados desde ciertos sectores hegemónicos de los siglos XX y XXI—, son trabajadas desde la ficción de una manera innovadora, dando cuenta de una lectura profunda y crítica del mundo contemporáneo y las relaciones y luchas de poder que tienen lugar en él.

El presente análisis parte de lo que Ana María Amar Sánchez, en *Juegos de seducción y traición. Literatura y cultura de masas* (2000), identifica y describe como la politización de géneros populares y masivos por parte de la literatura culta, lo que permite leer en los productos literarios de esta última,

1 Angélica Beatriz del Rosario Arcal de Gorodischer (1928-) nació en Buenos Aires pero desde su infancia reside en Rosario. Posee una larga y fructífera trayectoria como escritora, reconocida tanto dentro como fuera de la Argentina. En 1964 ganó un concurso de cuento policial de la revista *Vea y Lea* con «En verano, a la siesta, con Martina» y desde entonces ha publicado libros de narrativa ficcional —tanto novelas como cuentos—, una biografía-autobiográfica, una antología de prólogos, presentaciones de eventos, etcétera y un libro de ensayos. A esto se suma la enorme lista de artículos, entrevistas y notas de opinión que han circulado por diferentes medios. Es conocida, especialmente, como autora de ciencia ficción. Sin embargo, su labor no se limita a la escritura, también se ha dedicado a difundir la literatura escrita por mujeres latinoamericanas, ha dictado cursos en el extranjero, ha participado y organizado congresos, ha sido jurado en concursos literarios, organizó antologías e, incluso, estuvo a cargo de una colección de literatura erótica denominada «La noche mil dos» (que solo publicó cuatro títulos), entre otras actividades vinculadas al campo literario. Esto le valió varios premios, entre ellos: el Premio Gilgamesh (1986), el Premio Esteban Echeverría por su narrativa (2000), el Premio ILCH, California, por su obra completa (2007) y el reconocimiento como Personalidad Destacada de la Cultura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2012). Además, su compromiso con la lucha por los derechos humanos en general, y por la situación social de las mujeres en particular, la hizo merecedora del Premio Dignidad de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (1997).

...la seducción por los géneros y los discursos de la cultura popular, paralela a la producida —y buscada— en el lector, pero seguida de una inevitable “traición”. Amor e infidelidad hacia las formas populares: los textos [literarios] las usan, las integran pero no pueden evitar marcar su diferencia, que es la diferencia con la otra cultura (2000, p. 36).

En el caso de Angélica Gorodischer, la opción por el trabajo con —y desde— estos géneros menores² forma parte de una estrategia que alcanza a buena parte de su narrativa, y que consiste en proyectar una voz silenciada y subordinada dentro de la discursividad social contemporánea, a partir de formas genéricas que han sido, ellas mismas, estigmatizadas y marginalizadas por quienes están socialmente legitimados para delimitar el canon literario de cada época y sociedad. Por esta vía, la escritora rosarina deconstruye parámetros de jerarquización esencializados y logra (re)ubicar a tales géneros en el campo de la literatura y a los sujetos subalternizados dentro del esquema social —y de la discursividad— a cuyas orillas han sido desplazados; todo ello apelando a la ficción y en un mismo y único movimiento.

Sin embargo, ella no construye utopías. Si bien visibiliza algunos mecanismos ocultos, e incluso naturalizados, de los que se valen diferentes grupos hegemónicos para acallar, subordinar y marginalizar cosmovisiones e imaginarios que pondrían en cuestión su reproducción casi automática —lo que implica mostrar la artificialidad de polos configurados como esenciales/naturales y absolutos que justificarían y respaldarían la subalternización de un grupo por otro— no llega al extremo de abolir dicha bipolaridad: solo flexibiliza sus límites y abre un poco sus fronteras al hacerlos evidentes. No obstante, el precio es alto: la transgresión que implica el desocultamiento se paga con la muerte del héroe (que, en el caso de la novela analizada aquí, solamente es simbólica).

Querido amigo integra el conjunto de obras antes mencionado. En la novela, la autora logra captar y plasmar algunos de los lineamientos centrales del debate social de finales del siglo xx y comienzos del xxi sobre el problema del colonialismo/poscolonialismo/neocolonialismo occidental sobre un Oriente irreal, como lo explica ampliamente, entre otros, Edward Said en *Orientalismo* (2009), y cuya configuración «entre las potencias occidentales siempre estuvo mediada por el imperativo político de contener y/o controlar a tan esquivo y levantisco «objeto de estudio» (Kahhat, 2007, p. 86). Sin embargo, como es habitual en las ficciones de Angélica Gorodischer, el relato no responde a una estructura panfletaria o

2 Optamos aquí por la denominación empleada por Juan Sasturain (1995), una de las muchas, cuyo uso extendió la crítica literaria apocalíptica —en términos de Umberto Eco— para referirse a los géneros desvalorizados por la academia y demás entidades autorizadas para otorgar reconocimiento dentro del campo literario (otras podrían haber sido las de paraliteratura, infraliteratura o subliteratura, conceptos empleados en la misma dirección). En contraposición con el sentido negativo antes expuesto, también pueden identificarse como géneros marginados a este conjunto de textos que, por estar ligados de alguna manera a la cultura de masas, han padecido el desprecio y la degradación por parte de la institución literaria. Esta doble nominación permite dos enfoques sobre los mismos elementos.

propagandística de una determinada ideología, sino que la cuestión se aborda por vías indirectas y obedeciendo, principalmente, a las pautas dictadas por el estilo poético-literario, producto de un serio trabajo estético con la palabra de cuyos intersticios se desprende —y al cual se subordina— una posición ideológico-política.

Recurriendo a los géneros epistolar, en cuanto a estructura, y erótico, en cuanto a la temática, la escritora se acerca a la problemática del colonialismo/poscolonialismo/neocolonialismo —y a su contracara, la subalternización— de un modo innovador. Apelando a la visión personalísima que permiten las cartas al «querido amigo» enviadas desde un lugar impreciso de Medio Oriente por un remitente ligado política, laboral y socialmente a un centro de poder en pleno período de expansión imperialista (Inglaterra de comienzos del siglo XIX), que se ve obligado a entrar en contacto diplomático con otra cultura (orientalizada aunque no estrictamente de acuerdo con los patrones de orientalización de los siglos XVIII y XIX, ni con los de finales del siglo XX y principios del XXI³), con cuyas reglas debe convivir -en los mejores términos posibles- a fin de completar su misión diplomática de modo favorable a la Corona británica, la autora rosarina consigue refractar una posición particular respecto de un tema que relevante dentro de la agenda mundial, sobre todo durante el último medio siglo.

En este sentido, resulta importante la elección del momento histórico que enmarca la acción de la novela por diversas razones contextuales, algunas de las más importantes son:

1. El diplomático es enviado a Birnassam posteriormente a la aprobación de la Ley de Esclavos (ley promulgada en 1807 y a partir de la cual Gran Bretaña se convirtió en una de las potencias pioneras en la lucha contra la esclavitud), momento en que el binomio amo-esclavo es reemplazado por otros más acordes con la nueva era como centro-periferia o burgués-proletario, razón por la cual, por ejemplo, el enviado se resiste a llamar esclavas a quienes lo sirven (Gorodischer, 2006, p. 23).

3 Como señala Edward Said en *Orientalismo* (2009) –entre muchos otros–, uno de los elementos principales de los que se valió el Occidente europeo –y más tarde el Norteamericano– para orientalizar a sus oponentes fue la religión, es decir, que al Occidente cristiano se le opuso el Islam oriental. Sin embargo, este elemento es modificado en *Querido amigo* donde al Dios cristiano se le opone la Diosa de los mil ojos. Apelando a esta distinción, Angélica Gorodischer consigue distanciarse de la tradición orientalizadora hegemónica en la época que sirve de contexto a la acción del relato, y que continúa vigente en el contexto de producción de la obra y que no tiene en cuenta la amplia variedad de religiones presentes en Oriente, tales como el hinduismo, el budismo, el yainismo, el zoroastrianismo y el sijismo por nombrar solo algunas. Al mismo tiempo que evidencia tal reduccionismo, la escritora inserta la cuestión del *gender*, otro problema del que se ha ocupado mucho en su narrativa, pero en el que aquí no nos detendremos especialmente. La tradición orientalizadora occidental también se ha valido del exotismo que se adjudica a Oriente y, a pesar de que este elemento aparece en la novela desde el comienzo, es igualmente trastocado cuando, con el pasar de las cartas, somos testigos de que lo exótico para el diplomático pasan a ser la vida y los modos de socialización británicos, a la par que se delinear las similitudes entre Oriente y Occidente en lo que respecta a la organización jerárquica de la sociedad, a las relaciones de poder que en ella se ponen en juego y a las conductas protocolares, entre otras cuestiones, con lo que se lo aleja de la imagen bárbara, salvaje y exótica que le ha sido adjudicada desde el orientalismo al asimilarlo al funcionamiento social de Occidente.

2. Permanece allí mientras el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda libra las luchas contra el emperador francés Napoleón Bonaparte —figura destacada en la historia del estudio, orientalización textual y expansión imperial sobre Oriente— al que acabará derrotando en 1815 (año en que se fecha la última carta del diplomático a su amigo).
3. Lo anterior coexiste con la expansión colonial francesa y británica en diversas direcciones, especialmente aquella producto de la Revolución Industrial que tuvo lugar desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX y que fue respaldada desde las teorías evolucionistas —entre ellas la hegeliana— que ubicaban a culturas como la hindú, la árabe y la musulmana en un estadio de precivilización o prehistoria respecto del Occidente europeo.

A todo esto se suma que, según sostiene Eliane U. Ettmueller: «El orientalismo del siglo XIX significa [...] la cristalización académica del sueño erótico oprimido del varón victoriano» (2007, p. 23), erotismo ligado a un espacio geocultural imaginado y construido como exótico que *Querido amigo* no deja de subrayar.

Tales marcadores espacio-temporales históricos que se desprenden de las cartas pero que no son abordados como tópicos por el remitente, no solo permiten completar el sentido lineal de la obra, sino que habilitan una lectura otra —diferida— de lo narrado y, según se plantea en este trabajo, refractaria del contexto actual de expansión de las nuevas potencias occidentales. Esto se debe a que, según sostienen Eliane U. Ettmueller (2007) y Farid Kahhat (2007) entre otros, la división mundial en los bloques Capitalismo y Comunismo, que ayudó a la estabilidad del escenario internacional, se diluyó junto con el final de la Guerra Fría que le había dado origen, obligando a las potencias involucradas —especialmente los Estados Unidos— a buscar otro sistema bipolar sobre la base del cual establecer su identidad y que, simultáneamente, justificara su hegemonía y brindara un nuevo principio ordenador a su política exterior, caracterizada por el avance sobre territorios y culturas ajenas. Atendiendo a esta necesidad es que reformularon las bases ideológicas de la división Occidente-Oriente que tan productiva había resultado en el pasado. Así, nuevamente se configuró a los otros según el gusto y conveniencia de un nosotros político-económicamente hegemónico que, aunque proclama el fin de los monopolios e imperialismos, los sostienen y favorecen desde los hechos, creando constantemente nuevas formas de esclavitud encubierta —o no tanto— avaladas por la ley del mercado. Es por ello que hoy, al igual que en los siglos XVIII y XIX, «Oriente y Occidente evidentemente no representan realidades empíricas sino conceptos artificiales con una larga y sangrienta tradición» (Ettmueller, 2007, p. 20). Dicha artificialidad ha posibilitado la mutación de las definiciones de Occidente y Oriente a lo largo de la historia y, es sobre ella, que Angélica Gorodischer echa luz en esta novela. Para visibilizar estos cambios sin caer en un discurso panfletario, la escritora rosarina apela a la invención y enfoca las diferencias entre la imagen de Oriente que posee el diplomático y la realidad con la que se enfrenta, las similitudes estructurales-jerárquicas entre la sociedad occidental europea de la que proviene y la oriental en la que se inserta, y la modificación de la cosmovisión del

enviado que lo lleva a renegar de la socialización y el modo de vida británicos y que permiten leer un cuestionamiento en torno a la legitimidad de la supremacía inglesa.

Es decir que, mediante un relato construido solo a partir de las misivas enviadas por Albert-George Ruthelmeyer a su querido amigo, y ubicando temporalmente los hechos narrados a comienzos del siglo XIX, y espacialmente entre Gran Bretaña y un país oriental inventado (Abdas con su ciudad capital Birnassam, situado en algún lugar impreciso de Medio Oriente), Angélica Gorodischer plantea un enfoque desnaturalizador de la configuración occidentalista del «otro» elaborada desde el colonialismo/ poscolonialismo/ neocolonialismo, y la consecuente subalternización que, desde la segunda mitad del siglo XX, ha ocupado a muchos investigadores, especialmente a partir de la década del 80 con la conformación del Grupo de Estudios Subalternos⁴.

De este modo, los lectores somos testigos de cómo, a medida que se suceden las cartas, se va abriendo la subjetividad del diplomático, progresivamente y de un modo no violento sino seductor, a una cultura otra. En esta sociedad orientalizada —que se rige por reglas diferentes a las del estructurado decoro británico de la clase alta política del siglo XIX—, donde el erotismo, la sensualidad y lo lábil lo impregnan todo, algunos de aquellos a los que Occidente ha silenciado dentro de la discursividad social, los «otros» orientales⁵ —a los que se ha estudiado y configurado en libros, pero que no se conoce realmente—, logran que su cultura sea vista y escuchada por el enviado de Occidente. Así él, que ha comenzado a enviar las cartas para dar cuenta de las diferencias entre esta cultura y aquella de la que procede, terminará relatando su paulatina inmersión en y adopción de la otra cultura hasta el momento en que opta por convertirse definitivamente de colonizador en colonizado, quedando voluntariamente ligado a una realidad que lo obliga a morir para Occidente a fin de volver a renacer en ella.

CAMINO AL CAMBIO: DE LO OTRO A LO PROPIO

En enero de 1809, en pleno auge de la expansión imperial británica como una de las consecuencias del capitalismo colonial, moderno y eurocentrado que rápidamente iba

⁴ El *Grupo de Estudios Subalterno* (también conocido como *Colectivo de Estudios Subalternos*), fundado por Ranajit Guha, estuvo conformado en un primer momento por historiadores provenientes del sur de Asia que se enfocaron en el estudio de las sociedades poscoloniales y postimperiales. Iniciaron sus actividades en la década del ochenta, influenciados por Eric Stokes y sus propuestas de una nueva historiografía sobre India y el Sur de Asia, basada en métodos críticos y opuesta a los discursos históricos sustentados en nociones eurocentristas y avalados desde las élites nacionales y extranjeras que, hasta entonces, se habían adjudicado la potestad sobre la escritura de la historia. Los trabajos del grupo circularon en la revista *Subaltern Studies*, de ahí la denominación con que se los reconoce. Hoy en día, el término *estudios subalternos* se aplica a investigaciones de todo el mundo cuyos postulados pueden considerarse afines a los conceptos y a las teorías difundidas por este grupo.

⁵ Hablamos de que solo una parcialidad de aquellos a los que la cultura Occidental ha silenciado dentro de la discursividad social consigue que su voz sea escuchada porque, como se ve en la novela y se analizará posteriormente, también dentro de esta sociedad «otra» existen jerarquías, y por ende, subalternos que permanecen socialmente enmudecidos.

inundando diferentes partes del globo, el diplomático Albert-George Ruthelmeyer, enviado de Su Majestad a Oriente, llega a la ciudad capital de Abdas, Birnassam, con la misión de facilitar las avanzadas de la Corona sobre estos territorios —teniendo en cuenta, como lo mencionamos antes, que la posibilidad de invadir y esclavizar a los residentes, ya no era una opción viable—. La estadía protocolar en dichas tierras desérticas, en primera instancia, se proyecta como breve y formal, y obedece a fines meramente políticos.

Ya desde el comienzo, este lugar exótico donde «Todo es de oro, todo es de sol y un hombre es aquí presa de los elementos» (Gorodischer, 2006, p. 11), lo pone en contacto con «hombres morenos e impávidos» (Gorodischer, 2006, p. 11), diferencia de tez que, considerando el discurso evolucionista en boga en la Europa de la época, legitima el relato sobre la supuesta superioridad del diplomático en la relación con sus interlocutores, más aún si tenemos en cuenta que, como explica Aníbal Quijano, «Uno de los ejes fundamentales de ese patrón de poder [capitalista/moderno y eurocentrado] es la clasificación social de la población mundial sobre la idea de raza, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial» (2000, p. 201).

Albert George-Ruthelmeyer, investido además del poder suplementario que le confiere el ser portavoz de una de las mayores potencias económico-política occidental de ese momento, arriba a su destino careciendo de conocimientos profundos y sustanciales sobre la cultura con la que va a encontrarse en «este país cuyo nombre nos es en Inglaterra tan familiar, al menos a quienes frecuentamos la política exterior, y nos suena tan ajeno una vez que hemos llegado a él» (Gorodischer, 2006, p. 12). Este desconocimiento, según explica Edward Said (2009), era común en la época ya que los saberes sobre Oriente que poseían quienes lo visitaban provenían, en su mayoría, de estudios lingüísticos —razón por la cual el diplomático manifiesta no haber tenido problemas insalvables con el idioma— o de la literatura ficcional que delineaba un Oriente exótico, pero irreal. Sin embargo, Ruthelmeyer confía en que más allá de las diferencias —que no atañen a los acontecimientos protocolares que «si bien se mira, son los mismos todo a lo largo y a lo ancho de este mundo» (Gorodischer, 2006, p. 11)— podrá completar con éxito su misión.

No obstante ser aceptado por el núcleo más distinguido de esta sociedad otra, los hechos no obedecen a sus planes iniciales y las indefinidas postergaciones de los encuentros con los miembros del gobierno local (*shramalimm*) para intentar concretar lo que él mismo define como «avanzadas de Su Majestad en exóticos países en los que nuestros gobernantes tienen puestos los ojos» (Gorodischer, 2006, p. 15), lo obligarán a entablar un contacto real con la otra cultura, a conocer no solo aquello vinculado a su labor diplomática, sino un abanico de costumbres culturales relativas a diferentes aspectos de la vida cotidiana de los *abdassiris*. Así, las conductas que su socialización europea le hace observar con rechazo, reprobación y desconfianza al llegar, y lo conducen a aseverar a su amigo que «no se ha de dejar vencer por el oro ni por la seda ni por el agua. Ni por el sueño» (Gorodischer, 2006, p. 24), con el tiempo comienza a experimentarlas en carne propia —por necesidad en un primer momen-

to, por curiosidad luego y, finalmente, por iniciativa personal— y esto lo irá guiando hacia un nuevo camino, aunque nunca se ve obligado a abandonar los privilegios de los que solo gozan los personajes situados jerárquicamente en la cúspide de la pirámide político-social.

La transición progresiva será narrada por el propio protagonista en sus cartas al Duque de Bartram-Weld, su querido amigo, a quien promete, desde su primera misiva, relatarle «todo lo extraño, raro, desacostumbrado, insólito que encuentro a cada paso en estas gentes» (Gorodischer, 2006, p. 12). Con este objetivo, intentará explicarle —y explicarse— las diferentes situaciones y sensaciones con las que lo enfrenta la vida diaria en esta tierra desconocida, donde todo está hecho de sedas «que proporcionan a la mente y al alma una sensación de blandura, de paz y de belleza imposible de encontrar en un muro sólido» (Gorodischer, 2006, p. 14). Y, a pesar de que en una de sus últimas cartas argumenta que «hay muchas cosas que no he descrito para usted [...] para no recargar el cuadro con detalles en cuanto a costumbres u organización» (Gorodischer, 2006, p. 234), el relato solo ha girado en torno a ellas, pero enfocándolas desde lo personal e individual, desde la narración confesional de su vida cotidiana e íntima, o desde las vivencias particulares de sus *jhundas* (amigos y hermanos a un mismo tiempo).

Aquí, los pasos habituales en el proceso de colonización occidental descritos por Aníbal Quijano (2000, 210) se han trastocado: los bienes de la población por colonizar no han sido expropiados, los *abdassiris* han conservado su cosmovisión, sus patrones de producción de conocimiento y sentido, sus símbolos y modos de subjetivación y no se han visto obligados a apre(he)nder la cultura occidental/ británica, sino que, por el contrario, han lograron elevar su voz por sobre la cultura mundialmente hegemónica en la época, y transmitir su modo propio de ver y vivir la vida al diplomático quien, finalmente, cede a una transculturación voluntaria. Al hablar aquí de transculturación nos referimos al proceso de transición de una cultura dentro del cual, según el concepto de Fernando Ortiz retomado por Ángel Rama (1982, pp. 32-33), podemos identificar una primera etapa de relativa pérdida de la propia cultura (aculturación) seguida por una apropiación particular de la otra cultura (neoculturación). En la novela analizada, este proceso solo afecta a un sujeto: el enviado. Es por esta razón que, en la obra, en vez de implantarse y reproducirse los elementos de dominación occidentales, tiene lugar una aceptación y apropiación, por parte del británico, de la cultura *abdassiri* que en un primer contacto había considerado inferior. Sin embargo, es necesario recordar que dicha cultura subalterna, al igual que aquella de la que proviene el enviado, también se encuentra organizada jerárquicamente y, por ende, la cultura a la que Ruthelmeyer accede y la cual llega a reproducir es la compartida por quienes ocupan posiciones hegemónicas en Abdas.

Pero, como ya explicamos, la transculturación es un proceso y como tal demanda tiempo. Poco a poco, la blandura irá debilitado las fuertes estructuras mentales británicas y el diplomático se sentirá seducido por lo extraño, por el erotismo de lo «otro». La cultura ajena comenzará a volverse propia, a medida que el lenguaje de los otros se entremezcla con el suyo y gana espacios, que las preguntas y dudas que lo embargaban al llegar van obteniendo

respuestas o perdiendo importancia para él en tanto interrogantes, que deja de percibir su cultura de origen como superior y avanzada y aparecen sus fallas: la dureza, la intolerancia, la hipocresía, la superficialidad, o sea, la imposibilidad de un contacto real y profundo con el otro. Estas diferencias respecto de la cultura en la que ahora está inserto, le hacen imposible retornar a ella, al punto que asegura:

No podría reunirme con amigos a conversar sobre naderías sabiendo que debo clausurar toda expresión de intimidad, sabiendo que las palabras que pronunciamos no significan nada puesto que nada nos contamos verdaderamente de nosotros mismos, ni nuestros deseos, ni nuestras ansias, ni nuestros goces; sabiendo que son sólo nuestras superficies, nuestras siluetas las que se rozan pero nada hay de la carne y la sangre y las lágrimas y el sudor y el jadeo y el miedo y el agradecimiento, que pueda ser transmitido de uno a otro (Gorodischer, 2006, p. 223).

Así, lo que «En Londres lo llamaríamos chismes y evitándolos en público nos entregáramos con deleite a repetirlos en privado» (Gorodischer, 2006, p. 37), con el tiempo, se convierte en la forma de socialización que adopta el diplomático para quien, al igual que para los *abdassiris*, el desinterés se transforma en un pecado.

De este modo vemos cómo, con el transcurrir de las cartas, su posición inicial respecto a las diferencias entre su cultura de origen y la nueva sociedad en la que debe desenvolverse se irá flexibilizando hasta trastocarse radicalmente, llevándolo a tomar decisiones que afectan las bases de su modo de vida anterior en el ámbito privado —como lo es tomar una mujer *abdassiri* por esposa siendo que él ya posee una en Inglaterra—, en el ámbito público —al aceptar ejercer de Consejero Principal del Shramalim de Abdas traicionando a su Majestad y a su expatria en nombre y representación de la cual ha llegado a estas tierras—, y en el ámbito religioso —reconociendo como poder supremo a la Diosa de los mil ojos. Finalmente, luego de convivir durante más de seis años con sus dos yoes superponiéndose constantemente y de aceptar a su querido amigo que «había en esas cartas [las anteriores] indicios de la inefable atracción que me iba atando a este lugar» (Gorodischer, 2006, p. 221) se alegra de que en Inglaterra lo consideren muerto dándole así la libertad de renacer en esta nueva patria que ha elegido, ya que «la patria no es el hombre y el lugar sino el lazo que los une» (Gorodischer, 2006, p. 220) y ese lazo con Inglaterra ya no existe.

Las epístolas al amigo, que habilitan una narración subjetiva, intimista y de tono confesional, son el último vínculo que liga al protagonista con su cultura de origen, y éste se debilita paulatinamente con el ingreso de los relatos erótico-sexuales. Tales relatos que describen una conducta social diferente —y por ende dan cuenta de una sociabilidad particular con la consecuente configuración de subjetividades—, reciben la condena del destinatario, no solo hacia las conductas en sí, sino hacia su aceptación y práctica por parte del remitente.

En este sentido, la elipsis de las cartas-respuestas del interlocutor en la obra representan

una opción narrativa que, si bien nos brinda solo las palabras y lecturas del diplomático obligando al lector a concentrarse en su cambio y los factores que lo provocan, nos enfrenta a una novela dialógica: la condena del destinatario en Inglaterra, antes mencionada, se deja entrever en la distancia temporal, cada vez mayor, entre las misivas y en las propias palabras del diplomático quien, en una de sus últimas cartas, y ya habiendo asumido el nombre Albgeor y el puesto de Consejero del Shramalimm de Abdas, manifiesta:

Comprendi. Comprendi perfectamente todo lo que usted plantea en su carta. Comprendi incluso todo aquello que usted no me dice, no con ánimo de ocultamiento sino por discreción y, quiero creer, el afecto que siempre me ha tenido y que lo vuelve tan generoso hacia estas mis debilidades como usted las llama (Gorodischer, 2006, p. 219).

Albert-George Ruthelmeyer, al que en un primer momento le había resultado difícil confesar «sus debilidades» al Duque (Gorodischer, 2006, p. 27), ahora como Albgeor es capaz de entender la posición de su querido amigo respecto de ellas y, por ende, la imposibilidad de compatibilizar ambas culturas: la de su origen y la que ha elegido como propia. Por estas razones, la última epístola fechada el 23 de septiembre de 1815, representa una despedida total, es decir, no solo de su amigo que lo ha abandonado, sino de su vida anterior, de la cultura occidental británica de origen a la que ha traicionado y que lo ha dado por muerto.

Este final implica, en realidad, un comienzo, una nueva vida que se ha ido prefigurando a través del accionar del emisor narrado en las cartas, tratando de coexistir con su carga cultural anterior, pero siempre en tensión con ella: buscando la conjunción utópica. Finalmente, Albgeor asume la imposibilidad de aunar en sí mismo ambas culturas y opta por desprenderse de las ataduras que lo ligaban a aquella que le había sido impuesta para abrazar la que ha elegido. Así, el hombre poderoso de Occidente, luego de un largo viaje de seis años que podría calificarse de iniciático, da el salto y acepta plenamente su nueva realidad de hombre importante de Oriente, abandonando una existencia, en primera instancia europea y luego escindida, que ya no lo satisface.

El proceso de transculturación, del que venimos hablando, se refuerza desde la estructura misma de la novela. Las cartas aparecen organizadas en nueve grupos: el primero, «La llegada», es seguido por cuatro grupos denominados «El hogar», a lo largo de los cuales esta especie de signifiante vacío va modificando, de forma paulatina, su carga semántica. Entre estos cuatro apartados se intercalan tres relatos en los cuales las relaciones sexuales eróticas combinadas con otras pornográficas⁶ son las protagonistas, relaciones que revisten

6 Señalamos la diferencia entre relaciones eróticas y pornográficas siguiendo a Michela Marzano quien en su libro *La pornografía o el agotamiento del deseo* (2006) delinea y ejemplifica cómo dicha diferencia se configura en diferentes expresiones del arte. En el presente trabajo no nos detendremos a analizar la importancia que dicha diferencia reviste en el marco de la novela *Querido amigo*, ya que implicaría un desplazamiento respecto del tema en cuestión aquí.

características fuera de lo común dentro de la sociedad *abdassiri* y que dan cuenta de manera indirecta del funcionamiento institucional del poder en ella, con la particularidad de estar enfocadas sobre la figura femenina, aunque su destino final dependa de los hombres: «La historia de la mujer del tasador», «La historia de la mujer del guerrero» y «La historia de la enamorada imprudente». La serie se cierra con el grupo de «Los dones» que funciona como culminación de la metamorfosis del diplomático británico en diplomático de Abdas.

En lo que hace al formato epistolar, el relato en primera persona de vivencias propias a su querido amigo —que habilita un tono y un carácter confesional— permite apreciar no sólo los cambios en la indumentaria, las costumbres y la personalidad del remitente, sino cómo estos son acompañados por un paulatino abandono de la fórmula protocolar para referirse al amigo-destinatario y por una evolución en las alteraciones que va sufriendo su propia firma, la cual parte de Albert-George Ruthelmeyer hasta llegar a Albgeor, pasando por estadios intermedios: Albert-George R., Albert-George, Albert-Georg Consejero del shramalimm de Abdas, Albgeor Consejero y Albgeor Consejero Principal del Shramalimm de Abdas. Sin embargo, los cambios en la signatura del remitente no obedecen únicamente a una necesidad de adaptar su nombre a la nueva posición política que ha aceptado desempeñar en Abdas, ya que, a excepción de la primera, todas las misivas que conforman el grupo «Los dones», aquellas en las que se completa la transculturación y él se despide de su cultura de origen y de su amigo, no incluyen su cargo. No obstante esto, la alteración progresiva de su nombre propio refuerza la idea de una transculturación no violenta y electiva, al mismo tiempo que refleja la traición a la patria británica.

De este modo se completa la transición cuando, aquel que había llegado a colonizar, resulta él mismo colonizado por una cultura que lo ha seducido sin violentarlo. A partir de ahora, si bien todavía posee poder dentro de la cultura que ha elegido, su poder relativo como enunciador dentro de la discursividad social global ha cambiado: su palabra ya no será escuchada como antes, él ha muerto para Occidente.

UNA LECTURA DIFERIDA EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

El paisaje orientalizado y exótico con el que se encuentra Albert-George Ruthelmeyer, que concuerda —en sus aspectos más generales— con la visión de Oriente construida desde el Occidente europeo durante los siglos XVIII y XIX, comenzó a resurgir con gran fuerza y características similares, aunque esta vez desde el Occidente norteamericano, a parir de la década del 70 del siglo XX para afianzarse definitivamente en los 90, luego de la desintegración de la Unión Soviética con la que se señaló el final de la Guerra Fría. Con la desaparición del bloque soviético/comunista, Estados Unidos perdió a su enemigo privilegiado y se vio obligado a buscar un nuevo antagonista que le posibilitara estabilizar la política internacional a su favor. Esta búsqueda lo volvió a su adversario tradicional: Oriente.

Aquello permitió desenterrar la amplia literatura polémica contra el Islam de la Edad Media y mezclarla con el orientalismo ilustrado y romántico. Estados Unidos se presenta como salvador de los valores liberales y democráticos y también de la cristiandad (Ettmueller, 2007, p. 24).

Así, desde las elites políticas, actualmente estadounidenses, se volvió a identificar a Oriente —un Oriente igualmente imaginado y que se acerca poco al empírico— con el enemigo: un enemigo fanático, irracional, salvaje y agresivo. Dicha configuración se reforzó, sobre todo, a partir del atentado del 11 de septiembre de 2001 con su gran saldo de muertos y heridos a causa de la caída de las emblemáticas Torres Gemelas (*World Trade Center*) que sirvió para identificar aún más a aquello construido como lo oriental —dentro de un restrictivo imaginario occidental— con lo maligno, aumentando así la hostilidad (y en ciertos momentos respaldando el enfrentamiento bélico) entre Oriente y Occidente. Dentro de esta configuración bipolar, el occidente norteamericano, enunciador hegemónico dentro de la discursividad mundial de comienzos del siglo XXI, consiguió construirse a sí mismo como el polo positivo de una dupla reduccionista y autoritariamente definida.

En este sentido, fueron de gran ayuda los estudios neo-orientalistas que, al igual que antes lo había hecho el orientalismo europeo, contribuyeron a configurar y reproducir una visión simplista y homogénea —construida mediante un lenguaje del poder alimentado de los miedos y prejuicios hacia lo diferente— de una realidad compleja y heterogénea que permanece generalmente silenciada. De este modo, se logró neutralizar, negar o disfrazar cualquier aporte que pudiera proceder del contacto con esa cultura «otra» al ubicarla en la periferia de la configuración mundial establecida como nuevo patrón de poder, y por ende, en una posición de subalternidad no solo social, sino discursiva. Es por ello que, como sostiene Eliane U. Ettmueller: «El nuevo sistema bipolar de las relaciones internacionales Occidente-Oriente islámico representa una distribución estratégica de poder político-militar y económico que cumple a la perfección con los intereses de una pequeña elite global» (2007, p. 27).

Este sistema, como venimos explicando, se afianzó al reelaborar una tradición bipolar de más de 1500 años y así, el neo-orientalismo solo acentuó el aspecto religioso, que luego de la Edad Media había perdido fuerza, fusionándolo con los prejuicios exotistas, racistas y evolucionistas propios del orientalismo romántico de los siglos XVIII y XIX. Tal bipolarización entre culturas que se configuran para el imaginario —tanto occidental como oriental— como universos cerrados sobre sí mismos, solo habilita un contacto hostil o comercial/capitalista entre ellas, pero no una influencia socio-cultural recíproca, obligando a la cultura subalternizada a resistir replegándose sobre sí o a rendirse a la aculturación.

Si tenemos en cuenta esta apropiación y transformación de los lineamientos del orientalismo clásico emprendidas por el neoorientalismo, y las ligamos al desplazamiento del centro del

sistema-mundo global⁷ a partir de la importancia adquirida por los Estados Unidos desde el siglo xx y al particular patrón de poder que le sirve de base, la lectura diferida que proponemos aquí basada en la idea de una refracción de la realidad de la novela en la realidad contextual de comienzos del siglo XXI, se refuerza.

Por esta vía, el desconocimiento real de la sociedad a la que llega el diplomático, sumado a la desestructuración y la apertura de la sociedad *abdassiri* que finalmente elige, pueden leerse como un posicionamiento ideológico en pos de una opción de tolerancia y aceptación del «otro». En simultáneo, dicha elección también puede interpretarse como la preferencia por una sociedad donde sus integrantes se perciben más interesados por la realidad de sus prójimos, una comunidad más auténtica, más sincera y menos hipócrita, donde la intimidad deja de ser un tabú y la libertad de enunciarla públicamente no está mal vista.

Sin embargo, y como resultaría inverosímil pensar en una sociedad sin jerarquías e instituciones legitimadas para imponer determinados parámetros de socialización y orden, aquí también existen colectivos hegemónicos y subalternos con los diferentes matices entre ellos, matices que abarcan desde el poder absoluto para disponer de los cuerpos ajenos (sin llegar a su eliminación) hasta el caso de aquellos que son subalternos de los subalternos —tal como lo describe Gayatri Spivak (2003) al hablar de la situación de las mujeres en el rito *sati*—, sometidos a un mutismo social absoluto y, por ende, condenados a obedecer y padecer los designios y configuraciones que les son impuestos desde los escalafones superiores de la escala social.

7 El concepto de sistema-mundo moderno fue elaborado por Immanuel Wallerstein quien ubica su origen en el siglo xvi al noroeste de Europa. La acumulación de capital por parte de Gran Bretaña y Francia sobre el final del periodo feudal, puso en movimiento un proceso de expansión que produjo un sistema de intercambio económico mundial que aún existe. Esto implicó la conformación de una economía-mundo capitalista que llegó a América convirtiéndola, en un primer momento, en la periferia del sistema mundial. A medida que el imperialismo se fue expandiendo, se puso en contacto a cada rincón de la tierra con la economía capitalista europea. Durante el siglo xx, los Estados Unidos fueron adquiriendo cada vez más poder hasta que lograron reposicionarse dentro de dicho sistema y formar parte de su centro junto a otras potencias.

Si bien, el sistema-mundo capitalista actual está lejos de configurar un todo homogéneo y más bien se ha caracterizado siempre por reproducir importantes diferencias en el desarrollo cultural, la posesión y ejercicio del poder político y la acumulación de capital, profundizando la división del mundo en centro y periferia, el carácter global que reviste hoy, según Aníbal Quijano le proporciona «un piso básico de prácticas sociales comunes para todo el mundo, y una esfera intersubjetiva que existe y actúa como esfera central de orientación valórica del conjunto» (2000, p. 215).

Teniendo en cuenta esto es que empleamos el concepto para referirnos a un centro geo-socio-cultural con hegemonía mundial que impone su dominio colonial, y por ende su patrón de poder, conocimiento y subjetivación particular (su imaginario), sobre otras regiones del planeta, obligándolas, tal como explica Aníbal Quijano (2000, p. 209) a emprender un proceso de re-identificación histórica de acuerdo con las nuevas identidades geoculturales que les son adjudicadas desde el centro del sistema.

LA POSIBILIDAD DE UN MUNDO CON VOCES DIFERENTES

Construida solo a partir de las cartas remitidas desde Birnassam por el envío de Su Majestad al duque de Bartram-Weld en Londres, *Querido amigo* plasma el choque entre la construcción eurocéntrica occidental de Oriente y un modo de vida orientalizado —aunque no desde la tradición de orientalización hegemónica—, con la subsiguiente transformación del punto de vista de quien escribe y las consecuencias que esto implica para él dentro de un esquema global de distribución del poder donde la(s) dualidad(es) dominador-dominado, colonizador-colonizado, hegemónico-subalterno rigen las relaciones sociales y legitiman o desestiman relatos, imaginarios y cosmovisiones.

El escenario: principios del siglo XIX y una cultura diferente —aunque en ciertos aspectos similar, como ya hemos analizado— a la del Occidente europeo, en una ciudad inventada, vagamente situada en algún lugar de Medio Oriente, donde sueño y vigilia se entrelazan, y fusionan en un mundo lábil que destila exotismo, erotismo y sexualidad. Estos parámetros, que delimitan determinadas identidades geoculturales, serán los elegidos por Angélica Gorodischer para operar la relativa rejerarquización textual de sujetos que, desde una cultura eminentemente colonialista/imperialista en expansión como lo era la centrada en Inglaterra y Francia de comienzos del siglo XIX y lo es la centrada en Norteamericana de los siglos XX y XXI, son configurados como subalternos.

A medida que transcurren las misivas, redactadas en una prosa cargada de sensualismo y por momentos muy erótica y hasta pornográfica, que rompe con la mojigatería del discurso occidental —y especialmente con lo que dictan los estereotipos para la alta sociedad británica de comienzos del siglo XIX— sin caer en la vulgaridad ni en el cientificismo, la escritora rosarina consigue plasmar, en una novela polifónica, las voces dominantes enfrentadas en la discursividad actual en torno al debate sobre la cuestión del colonialismo/poscolonialismo/neocolonialismo y, a partir de allí, delinear una posición de potencial apertura al «otro» y a su voz, aunque reconociendo la imposibilidad de su integración en una totalidad mixta y equitativa para todos los implicados —más aún cuando, esa otredad, tampoco es un todo compacto y homogéneo, sino una complejidad heterogénea similar a la mismidad—.

En esta dirección es productivo el aporte de Farid Kahhat (2007) quien señala la existencia de una multiplicidad de aspectos culturales a los que cada sujeto recurre para delinear su identidad social, un constructo dotado de muchas capas que se combinan de modo diferente en cada caso y que, por ello, está abierto a la heterogeneidad; sin embargo, «esas múltiples dimensiones pueden colapsar en una división maniquea entre “nosotros” y “ellos”, en la que el “otro” representa una alternativa absoluta» (2007, p. 89). Este último es el camino seguido tanto por el orientalismo como por el neo-orientalismo occidental, camino que Angélica Gorodischer cuestiona, y en cierta medida deconstruye, al poner en debate el carácter artificial de la construcción de binarismos esencialistas que ha sostenido y reproducido el estudio occidental sobre Oriente desde hace siglos. Con este objetivo es que rejerarquiza textualmente a sujetos subalternizados desde el discurso colonialista de la Inglaterra de comienzos

del siglo XIX sacando del silencio y la marginalidad las palabras de algunos de los oprimidos orientalizados para demostrar la complejidad de una estructura social diferente, aunque similar en cuanto a la heterogeneidad de sus integrantes, a la de Occidente.

Sin embargo, como ya señalamos al comienzo de este trabajo, no se trata de una novela utópica, la imposibilidad de erradicar la red de relaciones de poder que implican desigualdades sociales permanece inmutable, tanto en el interior de la sociedad de Abdas como entre sus integrantes e Inglaterra, e incluso entre el diplomático y estas dos sociedades entre las cuales se debate hasta tomar una decisión final. Además, si bien el «otro» orientalizado adquiere voz, es una voz mediatizada por la escritura del británico, cayendo así en la contradicción, señalada por Gayatri Spivak (2003), que consiste en la posición de intelectuales hegemónicos que hablan por los sujetos subalternos. En este caso, es el sujeto dotado de un poder relativo dentro de la sociedad occidental quien, a partir de su transculturación voluntaria pasa a ocupar una posición de poder en esta sociedad oriental, el encargado de relatar las diferencias y similitudes entre ambas cosmovisiones o imaginarios desde su perspectiva personal, sin ceder la palabra al «otro» aunque lo incluya en sus cartas, y retratando aspectos que, en su gran mayoría, corresponden a las vivencias de los sectores dominantes de esta sociedad que ahora siente propia, silenciando él también, a los subalternos de la subalternidad.

Por esta razón argumentamos que *Querido amigo* ofrece una mirada crítica sobre el modo en que el colonizador occidental concibe al sujeto oriental por colonizar. Tal mirada, gracias a las indeterminaciones e invenciones geográficas que tienen lugar en la ficción, puede hacerse extensiva a cualquier contexto oriental regido por la dupla dominador-dominado, colonizador-colonizado o hegemónicos-subalternos. Pero, a la vez, los marcadores espacio-temporales presentes en la obra permiten situar e historizar lo narrado otorgando mayores elementos para el análisis. Al mismo tiempo, se abre la posibilidad de que la perspectiva hegemónica sobre los «otros» se desnaturalice, de un modo no violento, cuando los configurados como subalternos —en un sentido spivakiano⁸ del término— acceden a una posición discursiva frente al colonizador y, a partir de allí, logran transmitirle su visión del mundo y hacerlo consciente de su estructuración social compleja, e incluso modificar la cosmovisión previa del extranjero que se ha acercado a su cultura.

Es así que Albert-George Ruthelmeyer se verá, con el correr del tiempo y las cartas, arrastrado y seducido —nunca obligado— a cambiar su modo de ver el mundo adoptando, primero por comodidad y luego por convicción personal, las costumbres y perspectivas de aquellos que ahora son estos, sus *jhundas*. Pero, como toda transición, esta también implica

8 Se entiende aquí que, al hablar de sujetos subalternos en un sentido spivakiano, se hace referencia a un colectivo que, debido a algún atributo común y homogeneizador que le ha sido adjudicado por quienes poseen el poder a fin de justificar su subordinación, pierde su voz social porque no ocupa una posición discursiva que le posibilite participar en el diálogo social (Spivak, 2003). Este enmudecimiento impuesto no quiere decir que tal colectivo deje de existir materialmente, sino que sus palabras no son escuchadas y pasan a ser descritos y definidos por miembros del grupo hegemónico de acuerdo con sus conveniencias y perspectivas.

un sacrificio: el abandono de las costumbres con las que el narrador ha crecido y en las que se ha formado, las que lo convirtieron en digno emisario de Su Majestad, las que lo trajeron a estas tierras antes desconocidas y que ahora adopta como propias. Paulatinamente, se va extinguiendo en él la llama de la nostalgia por su tierra natal y todo lo que ella implica, hasta que se opera la metamorfosis final y, desterrando de sí el estilo occidental, decide renacer en Oriente: el colonizador ha sido pacíficamente colonizado.

Ya no me hago preguntas. Simplemente vivo esta vida que me ha sido dada o que he conquistado día a día hasta encontrar mi lugar en el mundo, y soy feliz otra vez (...). Porque pude abandonar la bruma y abrir mi pecho al sol. Porque me siento uno y único, hijo, amante y amado de la tierra que he elegido. (Gorodischer, 2006, p. 262)

Hemos intentado dar cuentas aquí de una posición que comienza a abrirse al «otro», al diferente; sin embargo, queda mucho camino por recorrer hasta que este mundo con voces diferentes se convierta en un mundo con muchas voces, donde cada una tenga iguales posibilidades de ser escuchada dentro de la discursividad social. La desjerarquización no se plantea aquí, sin embargo, se desarticula el relato homogeneizador de Occidente respecto de Oriente, lo que en la novela se logra al rejerarquizar a aquellos que han sido narrados por Occidente y permitirles presentar su cosmovisión, aunque más no sea a partir de la voz de un «otro» que, gracias a su posición de poder dentro de la cultura hegemónica puede hacerse escuchar dentro de ella. De este modo, la voz del «otro» orientalizado surge y triunfa sobre el diplomático quien, al erigirse en una especie de intermediario entre ambas culturas, evidencia la existencia de una pluralidad compleja de voces dentro de la sociedad de Abdas, dentro de las cuales, algunas poseen menos poder que otras, tal es el caso de las esposas de los *jhundas*, las de las jóvenes casaderas del *fearal* y las *faesas* que las cuidan, las educan y controlan y, en mayor medida aún, por su completa mudez, las de las esclavas.

No obstante la razón antes mencionada, consideramos que esta obra implica una avanzada hacia la consideración de la palabra del «otro» y, a partir de ella, de las complejidades de una sociedad que durante mucho tiempo y por conveniencia de las potencias occidentales ha sido configurada y reproducida desde el relato occidental como un bloque homogéneo: Oriente.

Si bien esta obra representa una avanzada limitada, que requeriría de una apertura mayor para implicar un cambio estructural en la red de relaciones de poder derivadas del esquema jerárquico bipolar Occidente-Oriente, un cambio que lograra acabar con el «montaje orientalista y también occidentalista consciente como herramienta estratégica de una nueva generación de *realpolitik* en un mundo bipolar» (Ettmueller, 2007, p. 25); entendemos que aporta, indirectamente y por la vía de la ficción literaria, una lectura deconstructora de los esencialismos subordinantes tanto orientalistas como racistas en general.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amar Sánchez, A. M. (2000). *Juegos de seducción y traición. Literatura y cultura de masas*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Ettmueller, E. U. (2007, Mayo). Orientalismo contemporáneo: la creación de un nuevo sistema bipolar en las relaciones internacionales. *UNISCI Discussion Papers*, 14, 19-27. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Recuperado 23 septiembre, 2012, desde: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=76701403>
- Gorodischer, A. (2006). *Querido Amigo*. Buenos Aires: Edhasa.
- Kahhat, F. (2007). Oriente y el orientalismo. *Hoja de Ruta, IESC 1*, 86-96. Santiago de Chile. Recuperado 19 septiembre, 2012, desde: <http://www.hojaderuta.org/imagenes/OrienteyelOrientalismo.pdf>
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. (pp. 201-246) Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Rama, Á. (1982). *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Said, E. (2009). *Orientalismo*. (8ª. ed.) Barcelona: Mondadori.
- Sasturain, J. (1995). Sobre historietas y literaturas marginales. En Juan Sasturain. *El domicilio de la aventura* (pp. 47-53). Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Spivak, G C. [1985] (2003, enero-diciembre). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista colombiana de antropología*, 39, 297-364.